



Sobre la naturaleza de los estudios sociales*

Adrián Serna Dimaso**

En los campos de producción cultural, los conceptos que empleamos (poder, prestigio, trabajo) y las clasificaciones que implicamos explícita (mediante las definiciones y las nociones) o tácitamente (en particular, mediante las divisiones en disciplinas o especialidades), nos utilizan tanto como los utilizamos, y la “automatización” es una forma específica de represión que remite al inconsciente los propios instrumentos del pensamiento. Sólo la crítica histórica, arma capital de la introspección, puede liberar el pensamiento de las imposiciones que se ejercen sobre él cuando, dejándose llevar por las rutinas del autómata, trata como si fueran cosas unas construcciones históricas cosificadas¹

Pierre Bourdieu

RESUMEN

Clarificar la relación entre las ciencias sociales y humanas, con una denominación que ha tomado relevancia durante las últimas décadas, como es la de los estudios sociales, es el objetivo del presente artículo. La urgencia por restituir estas discusiones hace necesario volver sobre el estatuto de las primeras, que, a partir de tres tendencias: disciplinar, radical y reflexiva, establecen diferentes relaciones con los estudios sociales, los cuales emergen como un espacio móvil para responder a diferentes desafíos desde el desarrollo histórico del pensamiento social. El autor propone algunos retos que los estudios sociales deben enfrentar, al superar los obstáculos que las mismas ciencias sociales y humanas les han impuesto.

Palabras clave: ciencias humanas y sociales, y estudios sociales.

SUMMARY

This article's objective is to clarify the relationship between social and human sciences and social studies; a denomination has been covering strength during the last decades. The present need to bring back the discussion about this relationship makes it crucial to go back over the statutes of foundation of social sciences, developing in the analysis three tendencies: disciplinary, radical and reflexive. In this way different relationships are established with social studies opening a new arena where answers to different challenges coming from the historical development of social thought can be produced. The author points out some of the challenges that the social studies can only affront by surpassing the obstacles laid by human and social sciences.

Key words: human and social sciences, social studies.

* Este artículo es una reflexión derivada de los resultados del proyecto de investigación institucional “Interdisciplinariedad y ciencias humanas y sociales en la educación superior en Colombia”, financiado por el Centro de Investigaciones y Desarrollo Científico y ejecutado desde la maestría en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

** Docente investigador de la maestría en Investigación Social Interdisciplinaria y director del Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano IPAZUD de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

1 Bourdieu, Pierre (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Editorial Anagrama. P. 240.

Introducción

Desde hace algunas décadas han prosperado una serie de denominaciones que han pretendido redefinir los límites de los campos de conocimiento que conforman a las ciencias humanas y sociales. Estas denominaciones han sido soportadas en diferentes consideraciones: unas han sido presentadas como el resultado de la consolidación de especializaciones al interior de las disciplinas o como el producto de la institucionalización de unos espacios de intercambio entre disciplinas distintas (como las denominaciones subdisciplinares); otras han surgido del impacto simultáneo de ciertos discursos sobre los objetos históricos de una o varias disciplinas (como el producido por los enfoques de género); finalmente están las denominaciones que han derivado de una serie de manifestaciones o fenómenos concretos que habían permanecido invisibles porque estaban en las zonas de sombra de diferentes disciplinas o porque, sencillamente, eran inéditos en el mundo social hasta tiempos relativamente recientes (como los relacionados con la infancia, la juventud, etc.).

Obviamente que estas denominaciones no responden a un desarrollo del conocimiento por voluntad del conocimiento mismo, sino que tienen tras de sí el conjunto de luchas históricamente sucedidas en el campo científico y en los diferentes campos disciplinares. Precisamente, una de las estrategias de estas luchas tiene como cometido fundamental el ejercicio mismo de denominación de los distintos campos de conocimiento; una poderosa inversión donde lo nominado puede garantizar la imposición de un espacio social y cognoscitivo que, singularizando unos objetos específicos, puede con ello igualmente singularizar unas posiciones determinadas. Esta inversión es más necesaria cuando los campos científicos y disciplinares existentes soportan afectaciones en su legitimidad o cuando algunas posiciones adolecen de posibilidades para una toma de posición legítima. Por esto no es casual que las crisis institucionales en algunos

campos humanísticos y sociales —suscitadas por la erosión de los monopolios institucionales tutelados por la universidad, por la quiebra del ascendente de algunas escuelas de pensamiento o por la proliferación de profesionales o de aspirantes a profesión sin posibilidades de institución o de escuela—, hayan posibilitado una diversificación de denominaciones que hacen de la singularización de unos objetos o discursos un medio para rechazar, superar una tradición vacilante o decadente o para vindicar o exaltar una posición en entredicho. No faltan los casos donde la especialización, la emergencia o la visibilidad de unos nuevos campos de conocimiento están menos relacionadas con la profundización, la innovación o la renovación de unos puntos de vista sobre unos objetos específicos y más con la pretensión de ciertas posiciones de reproducir, acceder o conquistar un lugar en unas estructuras científicas o disciplinares, profundamente afectadas en sus capacidades de absorción, en sus modos de reclutamiento, en sus posibilidades de retención o en sus mecanismos de legitimación de las comunidades profesionales².

De cualquier manera, una de las denominaciones que ha adquirido especial relevancia en las últimas décadas es la de los estudios sociales.

² Valga señalar adicionalmente que las denominaciones suponen unas luchas al interior del campo científico y de los campos disciplinares, no sólo porque a través de lo nominado se concede carta de existencia a unos nuevos espacios, sino porque al mismo tiempo, por este medio, se controvierten los espacios existentes, situación que implica poner en tela de juicio uno de los inconscientes constitutivos de los campos de conocimiento, el nombre mismo, objeto de unas conquistas que se recuerdan siempre antiguas o que se mantienen a distancia del presente, revestido como expresión de los hitos o momentos ejemplarizados y ejemplarizantes del campo, convertido por lo mismo en herencia irrenunciable y como tal sustancial a la *doxa* que sostiene al campo como un todo. Si se quiere, la imposición de nuevas denominaciones entraña la pretensión de redistribuir la historia de unas prácticas académicas, científicas e intelectuales en detrimento, en unos casos, de las posiciones dominantes que han sido consagradas por esta historia y, en otros casos, de las posiciones dominadas, que sólo tienen esta historia como ideal consagración. No es casual que los nuevos campos de conocimiento queden a expensas tanto de la crítica consagrada como de la crítica sin consagración alguna, un consenso aparente que, invocando una historia común, oscurece que ésta se realiza de manera distinta entre las posiciones consensuadas.

Esta denominación tiene tras de sí distintas justificaciones. En primer lugar, están las justificaciones que invocan a los estudios sociales como un ámbito en capacidad de albergar la multiplicidad de fenómenos, que han sido puestos en evidencia con la nueva fase de la mundialización representada por la globalización. En segundo lugar, están las justificaciones que presentan a los estudios sociales como un espacio para vindicar unas identidades históricamente desconocidas que adquirieron visibilidad masiva desde mediados del siglo pasado. En tercer lugar, están las justificaciones que ubican a los estudios sociales como una reinención del pensamiento social semejante a la promovida por los estudios culturales en los años sesenta que, como lo hicieron éstos con la dimensión cultural, puede conducir la pertinencia de la dimensión social a fenómenos históricamente desprendidos de cualquier competencia sociológica. En cuarto lugar, están las justificaciones que reclaman a los estudios sociales como una superación de los desarrollos disciplinares y como el nicho para unas articulaciones interdisciplinares en las ciencias humanas y sociales.

De este modo, los estudios sociales se defienden por la especificidad de sus fenómenos, por la particularidad de sus sujetos, por la innovación de sus referencias epistemológicas, teóricas y metodológicas o por su capacidad de integrar desarrollos disciplinares desarticulados. En cualquiera de estos casos, es evidente que los estudios sociales se definen en relación con las ciencias humanas y sociales, aunque tal relación permanece expuesta a ambigüedades: ¿los estudios sociales como un campo de conocimiento dentro de estas ciencias? ¿Los estudios sociales como un campo de conocimiento diferenciado de estas ciencias? ¿Los estudios sociales como un campo de conocimiento que supera estas ciencias? Precisamente, frente a estas preguntas, urge restituir una serie de discusiones —de vieja monta por demás—, relacionadas con la naturaleza y constitución moderna de las ciencias humanas y sociales, que permitan establecer cuáles serían las novedades de este campo de los estudios sociales.

¿Ciencias o no ciencias?

Una primera discusión compromete el estatuto científico de las ciencias humanas y sociales. Esta discusión se remonta a mediados del siglo XIX, cuando la pretensión de unas ciencias humanas y sociales fue cuestionada o, cuando menos, controvertida desde saberes como la filosofía, la historia y la literatura. Estas ciencias reclamaron al mundo social como un objeto que trascendía las apariencias inmediatas del sentido común, que podía ser conocido con la interposición del método científico, que no sólo era describible sino susceptible de explicaciones y representable con un repertorio de lenguajes especializados. Frente a esto algunas posiciones desde la filosofía, la historia y la literatura señalaron la mirada objetiva sobre el mundo social como una empresa reductora y cuestionable, que obviaba la multiplicidad de contingencias de la existencia social, que tomaba en préstamo el método aún cuando éste tenía encima las herencias de las ciencias de la materia y de la vida y que invocaba para sus representaciones unos lenguajes extraños o metafísicos, cuando no esotéricos, todo lo cual le impedía acceder auténticamente a las complejas profundidades del mundo social³.

De cualquier manera, las ciencias humanas y sociales modernas, desde las más decididas en la ciencia como las inspiradas en el positivismo y el materialismo, hasta las más atentas a los desafíos de la filosofía, como las inspiradas en el interpretativismo y la hermenéutica, fueron accediendo a una institucionalidad que, como las facultades universitarias y los institutos de investigación, legitimó sus presupuestos, sus quehaceres y sus conocimientos. Al tiempo que estas ciencias accedieron a esta institucionalidad legitimadora, fueron incorporando a algunos viejos saberes humanísticos como la historia y demarcando

³ La relación entre la naciente ciencia sociológica, la filosofía y la literatura en diferentes tradiciones se encuentra espléndidamente ilustrada en Lepenies, Wolf (1994). *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*. México: Fondo de Cultura Económica. P. 425.

distancias con la filosofía y la literatura. En buena medida esta conquista progresiva de la legitimidad institucional por parte de las ciencias humanas y sociales tuvo en medio el papel protagónico del método científico con sus diferentes lenguajes o metodologías⁴.

No obstante, allí donde las ciencias humanas y sociales afianzaron sus conquistas también fueron imponiéndose a sí mismas sus propios automatismos: la obcecación en el método, ausente de cualquier práctica reflexiva que se consideraba impropio para un quehacer científico que tenía resuelta de antemano la presencia de sus objetos, el lugar de sus sujetos y la imperturbabilidad de sus lenguajes, terminó instrumentalizando el ejercicio de las ciencias humanas y sociales. Precisamente la filosofía, cuyas competencias habían sido reducidas por estas ciencias a mera disquisición epistemológica, encontró en esta instrumentalización un frente formidable para emprender una crítica radical a las pretensiones científicas para conocer el mundo social. La puerta de entrada para esta crítica fue la convicción de las ciencias en la imperturbabilidad de sus lenguajes, creencia que las había llevado a desconocer que éstos eran tanto un repertorio retórico en capacidad de imponer ficticiamente la distancia entre objetos y sujetos como una fábrica de representaciones decidida a oscurecer el carácter político cuando no ideológico del ejercicio de la ciencia.

Este ‘caldo de cultivo’ para señalar a las ciencias humanas y sociales fue aprovechado por diferentes posiciones: por cierta crítica marxista, que desde décadas atrás había acusado a estas ciencias de representar un producto más de las contradicciones del conocimiento dentro del sis-

tema capitalista; por cierta crítica filosófica que, erigiéndose a sí misma como árbitro natural de los lenguajes, pudo por este medio no sólo proclamarse por encima de las ciencias humanas y sociales, sino convertirse aún más en el nuevo abrevadero para una generación de profesionales expuestos al desencanto de la ciencia; finalmente, por estos mismos profesionales, sobre todo los más jóvenes quienes, cada vez más ajenos a las posibilidades institucionales que habían permitido el desarrollo de las ciencias humanas y sociales, fueron plegándose al retorno de la filosofía social⁵. La fuerza de estas críticas no le permitió percibir a muchos que, detrás de su pretensión de dismantelar a las ciencias humanas y sociales, no dejaba de ocultarse una vasta empresa conservadora que restituía el conocimiento del mundo social a los tiempos donde éste dependía de las excepcionalidades del talento y del estilo, propias de las tertulias y los círculos exclusivos, que precisamente habían sido desplazadas por unas ciencias humanas y sociales las cuales, resueltas en el método, pudieron por este medio, no sólo emprender la investigación del mundo social, sino convertirla en un objeto de enseñanza democratizado desde las facultades universitarias y las escuelas especializadas.

Estas críticas redundaron en lo que desde diferentes frentes se ha denominado la crisis paradigmática de las ciencias humanas y sociales, sobre la cual se han erigido un conjunto de tendencias que no cesan de afirmar sino la muerte definitiva cuando menos el confinamiento de las pretensiones científicas sobre el mundo social. Sin embargo, en diferentes ámbitos de

4 Una exposición más amplia sobre la relevancia del acento metodológico y metodológico en la constitución de las ciencias humanas y sociales modernas se encuentra en Serna Dimas, Adrián (2008). “Sobre las formas de articulación de las ciencias humanas y sociales”. En: *La cuestión interdisciplinaria. De las discusiones epistemológicas a los imperativos estratégicos para la investigación social*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas. P. 9-79.

5 No es extraño que las difundidas crisis paradigmáticas de las ciencias humanas y sociales sean presentadas por distintas posturas, como el resultado de *conflictos generacionales* en los cuales la oposición antiguo – nuevo resulta promisorio para los más jóvenes (con la edad como un marcador absoluto y exclusivo), lo que oculta que estas crisis son el resultado de *conflictos* posicionales, en las cuales la oposición antiguo – nuevo tiende a ser especialmente benéfica para los más viejos o envejecidos (con la edad como un marcador relacionado con la estructura, el volumen y la antigüedad de los capitales poseídos). Esta situación fue ejemplarmente ilustrada por Bourdieu a propósito de mayo del 68. Cfr. Bourdieu, Pierre (1984). *Homo academicus*. Paris: Les Éditions de Minuit. P. 317.

las ciencias humanas y sociales prosperaron unas posiciones decididas a hacer frente tanto al automatismo metodocista como a la enjundia antimetódica. Estas posiciones, efectivamente, emprendieron una mirada reflexiva que, ante el objetivismo que separaba objetos absolutos y sujetos ideales, vindicó la objetivación que reclamaba la presencia de las contingencias del sujeto en la construcción de unos objetos; que ante la impermeabilidad del método plantearon su constante reinención en ajuste a los contextos y que, ante el anquilosamiento de los lenguajes científicos, plantearon una vigorosa rehistorización de los conceptos y las categorías. En síntesis, una redefinición de las posibilidades de las ciencias humanas y sociales que no desvirtuó el método y, con ello, afirmó las posibilidades de unas ciencias reflexivas del mundo social.

¿Ciencias acumulativas o no acumulativas?

Una segunda discusión que permite clarificar la relación entre ciencias humanas y sociales y estudios sociales compromete el carácter acumulativo de las primeras. Obviamente que esta discusión está íntimamente relacionada con la anterior. Las ciencias humanas y sociales, afirmadas en algunas ideas sobre la naturaleza universal, instrumental y neutral de los discursos científicos, en sus resultados en la producción de conocimiento, en la progresiva instauración de una tradición obcecada en el metodocismo y en las inercias inevitables que generan las instituciones de formación, ciertamente terminaron convencidas de su vocación acumulativa: teorías, métodos y metodologías se consideraron objetos en permanente perfeccionamiento, legados de una generación a otra y susceptibles de ser transferidos a cualquier contexto en el tiempo y el espacio. Esta visión quedó en entredicho en medio de las controversias al estatuto científico de las ciencias humanas y sociales, especialmente cuando ellas se fueron extendiendo por diferentes tradiciones académicas, investigativas e intelectuales.

En efecto, las controversias sobre el estatuto de las ciencias humanas y sociales adquirieron matices distintas, en la medida que éstas fueron desplazadas hacia diferentes tradiciones académicas, investigativas e intelectuales: en unos casos los cuestionamientos surgieron de los centros de producción investigativa a nivel mundial, como Europa y Estados Unidos, lideradas especialmente por unas posiciones aclimatadas en los discursos contraculturales de los años sesenta; en otros casos, los cuestionamientos surgieron de los entornos periféricos de la investigación mundial, habitualmente en países pobres, donde la penetración de los discursos hegemónicos de las ciencias humanas y sociales fue confrontada por unos discursos decididos a vindicar unos conocimientos locales. En uno u otro caso se fueron haciendo visibles posiciones que coincidieron en señalar la inviabilidad de extender los marcos de referencia de unas ciencias humanas y sociales amarradas a la tradición occidental para intentar comprender, interpretar o explicar fenómenos sociales, culturales o políticos, anclados en contextos distantes de esta tradición. Estas posiciones hicieron énfasis en el hecho de que el blindaje aparentemente científico, provisto por el método, no era otra cosa que un artificio por medio del cual las ciencias humanas y sociales consignaban las diversidades en los raseros excluyentes de Occidente⁶.

Estas críticas la emprendieron contra las referencias filosóficas que habían esclarecido un lugar para las ciencias humanas y sociales desde el siglo XVIII, contra los cuerpos de teoría surgidos entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX, contra las instituciones de formación e

⁶ De hecho, algunas posturas convirtieron las críticas al conocimiento científico en general como un recurso para una crítica radical contra las ciencias humanas y sociales en particular, convirtiéndolas en manifestaciones ejemplares de las imposibilidades o cuando menos de las limitaciones de la ciencia. Una confrontación a las críticas de diferentes empresas epistemológicas anticientíficas surgidas entre los años cincuenta y setenta se encuentra en Harris, Marvin (1994). *El materialismo cultural*. Madrid: Alianza Editorial, P. 399.

investigación y contra las estrategias de producción, circulación y consumo de conocimiento, en particular contra las publicaciones escritas. Estas críticas se consideraron en tierra firme con el advenimiento del llamado pensamiento posmoderno que, prendado a la consigna sobre el fin de los grandes relatos, pudo paradójicamente imponer unas nuevas tendencias filosóficas como basamentos de la indagación social, reasignar unos nuevos cuerpos de teoría, definir unos nuevos polos institucionales de conocimiento y erigir unos estilos de publicación igualmente escritos, todo esto con el mismo hábito de hegemonía del que se acusaba a las ciencias humanas y sociales. De cualquier manera pareciera que todo cambió para seguir igual⁷.

Desde la tierra firme del absolutismo relativista, las ciencias humanas y sociales fueron señaladas como un edificio endeble, cuyos patrimonios no eran otra cosa que anquilosadas conceptualizaciones y categorizaciones, reproducidas de manera inconsciente desde las universidades y los institutos de investigación, eficientes para perpetuar unos modos únicos de entender el mundo social, que resultaban a todas luces cómplices con las agencias económicas, sociales y políticas dominantes. Por esto la pretendida acumulación de patrimonios científicos no era otra cosa que un esfuerzo sostenido de unas agencias por imponer unas visiones del mundo necesarias para la reproducción de otros órdenes concretos, cuales más los económicos. De hecho, la crítica contra el método y el señalamiento a los modos de acumulación, condujeron a las posiciones más radicales a anunciar la muerte de las ciencias humanas y sociales. Si bien esta idea tomó fuerza en distintos contextos, progresivamente fue eclipsada por el

surgimiento de las ciencias reflexivas, lo que no ha sido un obstáculo para que ella permanezca con vigor o cuando menos como propaganda en diferentes entornos académicos, en especial en aquellos donde la pobreza de las condiciones sociales han dificultado la constitución de unas ciencias humanas y sociales auténticamente autónomas. Paradójicamente, las fuerzas sociales dominantes interesadas en desvirtuar a las ciencias humanas y sociales, a las que han visto como críticas incómodas de sus arbitrariedades, han tenido la complicidad de no pocos científicos sociales aparentemente emancipados que, por inconsciencia o candidez, también han reclamado la sepultura de éstas.

Las ciencias reflexivas señalaron que los problemas de acumulación en las ciencias humanas y sociales derivaban de cuatro aspectos: en primer lugar, de la transferencia indiscriminada de teorías sin atención de los múltiples contextos que dieron origen a sus tesis; en segundo lugar, de la perpetuación de conceptos y categorías que, por efectos del metodocismo, quedaron desprendidos de sus condiciones de producción histórica y de las contingencias investigativas que los hicieron posibles; en tercer lugar, del desconocimiento del estatuto de los conocimientos producidos por la ciencia que, más que verdades incontrovertibles, eran afirmaciones que podían ser expuestas a los criterios de controversia, propios de las comunidades científicas (validaciones, falsaciones o contrastaciones); en cuarto lugar, de una institucionalidad académica, científica e intelectual que, incapaz de reflexionar sobre sí misma, se terminó revistiendo como una burocracia ensimismada en sus protocolos, convenciones y prácticas y penetrada por los valores de otros campos, entre ellos, los de los medios de comunicación masiva.

Precisamente, frente a estos problemas, las ciencias reflexivas han reclamado, primero, la urgencia de reconocer el carácter local de las tesis que están en la base de todos los cuerpos de teoría para identificar sus posibilidades de

⁷ Una lógica de imperialismo cultural que pudo convertir los problemas particulares de determinados contextos económicos, sociales, culturales y políticos en problemas corrientes de todos los contextos del planeta. Cfr. Bourdieu Pierre y Wacquant, Lóïc (2001). *Las argucias de la razón imperialista*. Barcelona: Editorial Paidós. P. 54.

transferencia; segundo, la crítica histórica a los conceptos y categorías de las ciencias en capacidad de desvirtuarlas, de ampliarlas o de actualizarlas a la luz de los contextos actuales y de la particularidad de los entornos de investigación; tercero, la necesidad de controvertir los conocimientos producidos diferenciando la tesis, siempre local, de los mecanismos conceptuales y categoriales que la hacen posible, transferibles de modo reflexivo; cuarto, la redefinición de las condiciones sociales que impiden que la institucionalidad que ampara a la ciencia termine anquilosada en el burocratismo procedimental, subordinada a las demandas de otros agentes como los medios de comunicación o desactivada de pertinencia alguna como lo promueven diferentes agentes económicos o políticos.

¿Ciencias universales o ciencias locales?

Una tercera discusión, que permite clarificar la relación entre ciencias humanas y sociales y estudios sociales, compromete el emplazamiento mismo de las primeras: si ellas efectivamente se pueden auspiciar como un proyecto universal o si, por el contrario, ellas sólo pueden considerarse como proyectos eminentemente locales. Este asunto involucra nuevamente el estatuto científico de las ciencias humanas y sociales: si su conocimiento fuera efectivamente científico sería de suyo universal pero, siendo un conocimiento sometido a arbitrariedades metódicas, a injerencias políticas y a ficciones hegemónicas, no puede ser otra cosa que un artificio local blindado con instrumentos aparentemente universales. Precisamente la controversia al estatuto científico de las ciencias humanas y sociales condujo a que ellas, como pocas, fueran expuestas a múltiples apellidos: ciencias particulares (marginales, blandas, etc.), ciencias regionales (latinoamericanas, africanas, asiáticas, etc.), ciencias enclasadadas (burguesas, del pueblo, etc.). Por medio del apellido se pretendió concederle unos emplazamientos a las ciencias humanas y sociales, aunque tal apellido no fuera producto

de una disquisición autónoma de la ciencia sino precisamente de una coacción exterior que pretendía para sí al conocimiento científico convirtiéndolo en conocimiento meramente político⁸.

De cualquier manera, la cuestión sobre el carácter local o universal de las ciencias humanas y sociales es un asunto que ha adquirido especial relevancia a propósito de dos frentes de crítica: el anticolonialismo y el poscolonialismo. El anticolonialismo en las ciencias humanas y sociales surgió como una crítica contra los modos de dominación capitalista impuestos con la colonización originaria de los países pobres entre los siglos XVI y XVII y preservados con el neocolonialismo sobre los países emancipados, independizados o descolonizados entre los siglos XIX y XX. Para esta crítica, tanto el colonialismo como el neocolonialismo supusieron unas imposiciones económicas eficientemente naturalizadas con unos discursos que, aparentemente científicos, eran realmente ideologías sobre la sociedad, la cultura y la política tanto de dominadores como de dominados. Por esto la crítica anticolonial tuvo en su base unas vindicaciones étnicas, sociales y culturales que pasaban por un cuestionamiento incisivo a la lógica del sistema capitalista. Esto condujo a que la crítica anticolonial reclamara la pertinencia de algunos cuerpos de teoría anclados a la economía, la sociología y la antropología modernas, entre ellos, el materialismo histórico.

⁸ Una heteronomización de las ciencias humanas y sociales, que las somete a las contingencias de otros campos, cuando no a las coyunturas de ciertos agentes. Esta heteronomización no cesa de soportarse en la necesidad de la militancia política de la ciencia, eso sí, al evitar que los campos o las posiciones científicas controvertieran con sus propios instrumentos la política en la que se pretende que milite, y al olvidar que una de las grandes conquistas modernas, que tiene tras de sí el sacrificio de miles de hombres y de mujeres, es precisamente una ciencia que, desde su autonomía, reflexividad y crítica, puede imponerse como un discurso en capacidad de confrontar políticamente las pretensiones de unas fuerzas sociales, económicas, culturales y políticas. De hecho, nada más eficiente para estas fuerzas que una ciencia heterónoma y subordinada que sólo responde a intereses particulares.

El poscolonialismo, por su parte surgió en diferentes contextos como una crítica radical contra la tradición de pensamiento representada por Occidente que, por medio de la univocidad de sus lógicas, lenguajes y prácticas, impuso unas cosmovisiones de la existencia eficientes para naturalizar unos ordenamientos geopolíticos, unos modos de dominación social, unos modelos culturales y unos horizontes existenciales que permiten hasta nuestros días la preservación de las ontologizaciones coloniales en las regiones o países otrora sometidos a las metrópolis occidentales. El discurso poscolonial, aunque decidido a vindicar un lugar de enunciación propio desde otras tradiciones de pensamiento, tiene amplias deudas con algunas de las corrientes académicas más representativas de las últimas décadas: desde la semiología pasando por el postestructuralismo hasta el textualismo postmoderno.

No es del caso entrar a profundidad en los desarrollos, los alcances y las controversias que han suscitado tanto la crítica anticolonial como el discurso poscolonial. Sólo valga decir que algunas posiciones dentro de estos frentes de crítica han sido especialmente incisivas en sus cuestionamientos al estatuto de las ciencias humanas y sociales, en promover la enjundia antimetódica y en desvirtuar los patrimonios de estas ciencias. En algunos casos estas posiciones corresponden a espíritus otrora dogmatizados por la ciencia, pero en general coinciden con las nuevas generaciones de científicos sociales, unos y otros convencidos de que la denegación del ejercicio político que pretendió el conocimiento científico puede ser superada o resuelta convirtiendo al conocimiento únicamente en contestación política. De hecho, estas posiciones han sustituido las operaciones otrora delegadas al método, con diatribas políticas recurrentes, nutridas en muchos casos con el acervo de la filosofía social. Por esto, al interior de la crítica anticolonial y del discurso poscolonial, si bien se reconocen posturas consistentes y rigurosas decididas en prácticas investigativas abiertamente comprometidas con unos nuevos lugares de enuncia-

ción, también prosperan posturas insistentes en señalar ampliamente el qué y el contra qué pero breves en el cómo y en el hacia dónde.

Sin duda, tanto la crítica anticolonial como el discurso poscolonial tienen elementos fundamentales para problematizar las ciencias humanas y sociales. No, obstante no faltan las posiciones que, desde esta crítica o este discurso, han terminado reiterando o replicando lo que cuestionan: invocando fuentes providenciales instaladas habitualmente en la centralidad de los países otrora colonizadores, insistiendo en lugares comunes o recurrentes convertidos en premisas inamovibles, promoviendo nuevos dogmatismos revestidos como imperativos políticos, inventando una *nueva intelligentsia* que consigue laureles en la universidad occidental gracias a su vinculación con nuevos movimientos sociales críticos de Occidente pero, ante todo, posiciones tímidas al momento de emprender una crítica radical hacia sí mismas, hacia esas fuentes, dogmas, instituciones y movimientos, que sería un principio fundamental para que los instrumentos de crítica que defienden adquieran una vocación auténticamente reflexiva.

Las ciencias reflexivas reclaman, por un lado, que las posturas políticas que esgrimen tanto la crítica anticolonial como el discurso poscolonial tengan consecuencias efectivas en la reflexividad de los métodos y que, por otro lado, las posturas que insisten en el carácter universal de la ciencia dejen de plantearla como premisa inamovible que pasa por alto el conjunto de condiciones que hacen efectivamente universalizable el conocimiento científico. De este modo, las ciencias reflexivas no pactan con un localismo que convierte la precariedad del ejercicio científico en una virtud para el ejercicio político, ni tampoco con un universalismo que pasa por alto las condiciones que permitiendo la universalización del conocimiento científico son las que permiten que éste responda a las condiciones sociales concretas de los diferentes entornos locales. Por esto, las ciencias reflexivas son acuciosas en la rigurosidad del ejercicio

científico con aspiraciones universales, eso sí, con una apropiación crítica de los alcances de este ejercicio en cada tradición local.

Un lugar para los estudios sociales: ¿anti-ciencias sociales o ciencias sociales reflexivas?

Las discusiones anteriores permiten ubicar tres grandes tendencias en torno al discurrir de las ciencias humanas y sociales: una disciplinar, una radical y una reflexiva. Cada una de estas tendencias anticipa un lugar diferente para los denominados estudios sociales. En primer lugar, están las tendencias que efectivamente respetan de manera disciplinada el desarrollo histórico de las ciencias humanas y sociales, que las consideran ciencias en todo sentido, con unos atributos metódicos y metodológicos propios, con unos alcances incontrovertibles jalonados básicamente por la innovación, que se replican de manera dinámica entre diferentes tradiciones regionales o nacionales y que se renuevan permanentemente, tanto desde el interior de cada ciencia como en el intercambio recurrente entre ciencias distintas, en buena medida, gracias a la creación de espacios o prácticas de hibridación. Para estas tendencias los estudios sociales pueden representar en los mejores casos un marco para esta hibridación disciplinar y en los peores un espacio de pretendidas aspiraciones interdisciplinarias que desvirtúan la necesaria especialización disciplinar⁹.

En segundo lugar, están las tendencias que contravierten radicalmente el edificio de las ciencias humanas y sociales por lo menos tal cual se construyó hasta los años sesenta, que cuestionan la pretensión de cientificidad acusándola de sim-

ple científico, que dismantelan la metodicidad apelando a la inmediatez de la experiencia o a la recurrencia a la diatriba política, que urgen menos la metodologización y más la estilización retórica del conocimiento, que consideran que todo conocimiento sólo puede ser local y que resisten cualquier emplazamiento disciplinar, en unos casos reclamándose fuera de las ciencias, en otros casos invocando interdisciplinariades o transdisciplinariades que, paradójicamente, no pasan nunca por los imperativos de la disciplina, es decir, por los desafíos del método. Para estas tendencias los estudios sociales pueden representar en el mejor de los casos un espacio óptimo para convocar todas las corrientes que reclaman al mundo social como un entramado de múltiples conocimientos pero no de conocimiento científico y que en los peores puede ser la puerta de entrada para la restitución de las pretensiones siempre vigentes del imperialismo sociologista sobre las restantes ciencias o disciplinas humanísticas y sociales.

En tercer lugar, están las tendencias que reconocen la importancia de reivindicar el carácter científico de las ciencias humanas y sociales, que admiten un edificio de construcciones que son a todas luces históricas y contextuales, que reclaman al método desde los imperativos de la reflexividad, que procuran nuevos vínculos con la filosofía, la literatura y la historia asumiéndolos como frentes determinantes para el propio socio análisis de la producción científica, que reclaman menos la defensa de la universalidad y más de la consecución de los medios para una universalización de los instrumentos de la ciencia, que insisten en la relevancia de integrar o reintegrar campos de conocimiento separados arbitrariamente por los automatismos científicos. Para estas tendencias los estudios sociales pueden representar en los mejores casos un espacio propicio para introducir o reintroducir expresiones, manifestaciones, dimensiones o fenómenos que el inconsciente científico consideró distantes de cualquier pertinencia social y en los peores un ámbito para desvirtuar cualquier pretensión científica, para dismantelar la

⁹ Una de las defensas más representativas de las ciencias humanas y sociales desde la potencia de los denominados espacios o prácticas de hibridación se encuentra en Dogan, Matei y Pahre, Robert (1993). *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*. México: Grijalbo. P. 293.

potencia de los métodos y para concederle carta de admisión a prácticas y géneros que, por mucho tiempo ausentes de instituciones de legitimación científica, la pueden obtener por medio de este novedoso campo. Un medio para la heteronomización de la ciencia, donde pueden circular las coacciones abiertas de la política, del tecnocratismo o de la militancia diletante, propia para formar en la denominada investigación social con aplicaciones¹⁰.

Como se percibe, las diferentes tendencias que orientan el discurrir de las ciencias humanas y sociales confieren múltiples posibilidades para asignarle un lugar a los denominados estudios sociales. De hecho, es por estas múltiples posibilidades que los estudios sociales se presentan como un espacio versátil en capacidad de dar respuesta a diferentes desafíos contemplados en el desarrollo histórico del pensamiento social. Pero esta versatilidad de los estudios sociales, en principio virtuosa para justificarlos como un campo de conocimiento particular, oculta un conjunto de aspectos problemáticos.

¹⁰ Es necesario reiterar que, aunque a lo largo de la exposición pareciera que los destinos de las ciencias humanas y sociales, y de los denominados estudios sociales, estuvieran sujetos a las transformaciones del conocimiento por voluntad del conocimiento mismo, a la acción puntual de algunas posiciones o agentes, ellos en verdad son el resultado del estado del campo científico y de los campos disciplinares en diferentes tradiciones regionales o nacionales, dependientes tanto de las dinámicas internas derivadas de la condición autónoma del campo, como de las dinámicas externas derivadas de la condición relacional de éste con otros campos sociales. Sería indispensable indagar en qué medida el estado del campo científico y de los campos disciplinares, que requiere tanto la historia social como el socio análisis de cada campo, le ha terminado concediendo lugares diferentes a los estudios sociales en diversos países de América Latina y aún en distintos entornos colombianos. Experiencias recientes en nuestro medio muestran que en los contextos con mayor tradición en las ciencias humanas y sociales, la apertura de espacios, como los de los estudios sociales o culturales, ha implicado la reacción de las disciplinas más tradicionales o de las posiciones más antiguas o la disidencia o la migración hacia estos espacios de las disciplinas menos autónomas o más instrumentales o de las posiciones más recientes. En los contextos con tradiciones portentosas venidas a menos, sin tradición alguna o con tradiciones como las representadas por las ciencias de la educación, por la enseñanza de las humanidades o de la comunicación, este proceso ha suscitado menos reacciones y, de hecho, la incorporación de los estudios sociales o culturales se ha convertido en un medio para asegurarles un lugar propio en el campo científico de las ciencias humanas y sociales.

En primer lugar, esta versatilidad procede de la transparencia misma de la denominación, de su carácter prácticamente evidente, que lo convierte en un sobreentendido que por lo mismo lo hace objeto de consenso no sólo en determinadas regiones de las ciencias humanas y sociales sino de otros campos de conocimiento. En segundo lugar, la transparencia de la denominación empieza desde el momento mismo en que se invoca en ella el término “estudios”, suficiente para desvirtuar el cúmulo de objeciones, debates y discusiones que acarrearía esta denominación si invocara el término “ciencias”. En tercer lugar, la transparencia de la denominación, el consenso que ella pueda promover y la apacibilidad de su invocación, advierten que los estudios sociales pueden constituirse en un espacio propicio para reproducir, restaurar o profundizar las inconsciencias históricas, surgidas en medio de las luchas al interior del campo científico o de los campos disciplinares: la cosificación de lo social en detrimento de dimensiones, factores o variables sustantivas como la economía, la política, etc.; el desconocimiento de los efectos duraderos de los automatismos de la ciencia en la definición del mundo social como realidad objetiva; la restitución de la figura del estudioso —donde pueden prosperar figuras de vieja estirpe como eruditos, críticos, analistas, etc.— en detrimento de la figura del investigador como sujeto objetivante; la incorporación desprevenida de toda suerte de discursos como representaciones legítimas del mundo social, entre otras.

Frente a esto, urge establecer un lugar para los estudios sociales que, precisamente, permita erigirlos como un espacio para controvertir los inconscientes históricos perpetuados tanto por unas ciencias humanas y sociales obcecadas en un científicismo plagado de automatismos e instrumentalismos como por unas filosofías sociales decididas en amilanar cualquier pretensión científica en el conocimiento del mundo social. En este sentido se puede afirmar que los estudios sociales efectivamente pueden operar como anti ciencias sociales en la medida en

que desistan de los lugares comunes, convertidos en premisas inamovibles, de éstas ciencias. Pero también se puede afirmar que los estudios sociales pueden prosperar como un desarrollo reflexivo de las ciencias humanas y sociales, en capacidad no sólo de objetivar esos lugares comunes sino de plantear unos nuevos desde un ejercicio perseverante de crítica histórica que redunde en la construcción de unos puntos de vista atentos a las complejidades del mundo social. En consecuencia con esto, los estudios sociales se definirían por una serie de planteamientos fundamentales.

Algunos desafíos para los estudios sociales

En primer lugar, los estudios sociales se definirían por su capacidad de introducir o de reintroducir el lugar de las dimensiones sociales, históricas, culturales y políticas en un conjunto amplio de expresiones, manifestaciones, fenómenos o hechos que, por efecto de determinadas ideologías pero también del propio desarrollo de los campos de conocimiento, terminaron blindados o eximidos de cualquier incidencia societal. De este modo, los estudios sociales se definirían por su capacidad de hacer evidente el papel del mundo social en la constitución, el comportamiento y el desarrollo de esos objetos a los que la especialización científica o disciplinar prácticamente les impuso una vida autónoma absoluta: desde los más blindados como el conocimiento científico, tecnológico y técnico, pasando por los más difusos como la producción estética, hasta llegar a aquellos que, aparentemente más cercanos a la historia, la sociología y la antropología, no obstante han terminado convirtiendo a la sociedad en una referencia marginal, como sucede en el derecho pero ante todo la economía¹¹.

¹¹ Los estudios sociales se enfrentan tanto a no confinar las imprints sociales (únicamente en la institucionalidad o la normatividad que tienen tras de sí estos fenómenos o campos) como a no

En segundo lugar, los estudios sociales se definirían por su capacidad de restituir para la indagación del mundo social aquellas dimensiones que, por efecto de determinadas ideologías pero también del propio desarrollo de los campos de conocimiento, terminaron escindidos de cualquier incidencia societal. De este modo, los estudios sociales se enfrentarían a restituir esas dimensiones que, como la economía, parecieran haber quedado separados de los abordajes de las expresiones, manifestaciones, fenómenos o hechos relacionados con las funciones simbólicas. En este sentido, los estudios sociales tendrían como un cometido fundamental recuperar la autonomía relativa de la función simbólica que, sacrificada en otros tiempos a las dependencias de los determinismos económicos, que la redujeron a simple ideología, ha sido igualmente sacrificada en tiempos recientes por unas comprensiones que prácticamente la han separado de las condiciones objetivas del mundo social, que la redujeron a simple idealismo¹².

En tercer lugar, los estudios sociales se definirían por su capacidad de emprender una mirada reflexiva a aquellos horizontes fundamentales que, expuestos a las obcecaciones del cientifismo, impuestos como inconscientes del conjunto de prácticas científicas o disciplinares dentro de las ciencias humanas y sociales, fueron al mismo tiempo convertidos en objetos

someter todos los objetos a fuerzas eminentemente sociales que operan de manera indiscriminada. Precisamente, este uno de los debates al interior de campos como los llamados estudios sociales de la ciencia y la tecnología, que orbitan aún entre las viejas tradiciones de la sociología de la ciencia que sólo admiten la presencia de la sociedad en el mundo científico en el plano de las instituciones o de las comunidades científicas y entre las tradiciones radicales más recientes que reducen todo objeto científico a resultado de fuerzas únicamente sociales.

¹² Los estudios sociales se enfrentan a concederle un lugar a la autonomía relativa de la función simbólica que confronte las aspiraciones tanto de quienes consideran que los universos de significación son sólo un reflejo inmediato de la materialidad, como de quienes asumen que estos universos existen en independencia de cualquier dimensión material. En este sentido, se trataría de superar los confinamientos de los ideologismos pero también de los semiologismos, en procura de unas economías de la función simbólica.

privilegiados por la crítica anticientífica liderada por ciertas filosofías sociales. De hecho, fue la definición irreflexiva de estos horizontes fundamentales la que permitió que las dimensiones sociales, históricas, culturales y políticas fueran desprendidas de pertinencia alguna en otros campos de conocimiento o a propósito de determinados fenómenos. En este sentido, los estudios sociales se definirían por su capacidad de someter a reflexión horizontes fundamentales como el tiempo y el espacio que, convertidas por el cientificismo en meras variables objetivas, externas tanto a los fenómenos como a la observación de los fenómenos, terminaron mecanizando el mundo social e instrumentalizando su conocimiento, lo que ciertamente abrió un umbral de magnitudes inmensas para que operaran los cuestionamientos de una filosofía social especialmente atenta a los problemas de la temporalidad y la espacialidad¹³.

En cuarto lugar, en consecuencia con lo anterior, los estudios sociales se definirían por su capacidad de atender reflexivamente términos como los de historia, acontecimiento, experiencia, estructura, relación, poder, etc., que, anclados a unas nociones de tiempo y espacio, fueron convertidos en términos instrumentales, pretextos privilegiados para una crítica anticientífica precisamente atenta a la historicidad, a lo acontecimental, a lo evenencial, etc. Por esto los estudios sociales no se enfrentarían a disolver las disciplinas sino, por el contrario, a advertirlas a éstas que algunas de sus dimensiones sustantivas permanecen ancladas a unos horizontes que no son marginales sino sustantivos para la reinención disciplinar y para la multiplicidad de

estrategias de articulación entre disciplinas. De hecho, los desarrollos de la interdisciplina y la transdisciplina, que nada tienen que ver con la acumulación de contenidos, suponen ante todo una redefinición de objetos disciplinares que sólo es posible desde esos horizontes elementales y trascendentes como el tiempo y el espacio.

En quinto lugar, los estudios sociales se definirían por su capacidad de flexibilizar de manera crítica y rigurosa los métodos, abriéndolos al diálogo con diferentes mediaciones como las guardadas por la filosofía y la literatura. De entrada habría que decir que los estudios sociales sólo superarían las filosofías sociales en la medida que el conjunto de sus premisas epistemológicas tengan posibilidades de realización en los métodos, no entendidos desde el instrumentalismo cerrado que los confinan a técnicas de investigación, sino como el ejercicio reflexivo de producción de lenguajes historizados y contextualizados.

En sexto lugar, los estudios sociales se definirían por su capacidad de diversificar sus estrategias de construcción de representaciones, por sus recursos para reconciliar el rigor de los instrumentos de la ciencia, con la ductibilidad de los repertorios de la filosofía y la versatilidad de las estrategias literarias. En este sentido, los estudios sociales apuntarían a generar nuevos alcances a los conocimientos del mundo social, en capacidad de conducirlos a las agendas de diferentes instancias. En este sentido, los estudios sociales de la ciencia se enfrentan a controvertir el anquilosamiento, la repetición, la réplica inconsciente de los informes científicos, para promover nuevos géneros que sin desvirtuar los requisitos del conocimiento científico, estén no obstante en capacidad de incidir en la construcción de un mundo público más sensible a las tareas y los resultados de los campos disciplinares.

En síntesis, como lo esboza este texto, la pretensión de configurar un campo de conocimiento en torno a los estudios sociales supone un conjunto de desafíos que no se pueden circunscribir a la propaganda corriente sobre las crisis

¹³ Los estudios sociales se enfrentan tanto a objetivar el tiempo y el espacio en el que se desenvuelven las expresiones, manifestaciones, fenómenos o hechos que indaga como a hacerlo con el tiempo y el espacio de su propia indagación. Obviamente que esta doble objetivación se enfrenta a la sobre evidencia que suponen las fechas, las cronologías, los acontecimientos, los hitos, muchos de ellos solidificados como indicadores objetivos, en unos casos por la propia tradición científica o disciplinar, en otros casos por agencias como los medios de comunicación y en unos casos más por la misma opinión corriente.

paradigmáticas en las ciencias humanas y sociales, a la novedad de unos puntos de vista, a la emergencia de determinados fenómenos o sujetos sociales o a la invocación de un periodo histórico que pareciera urgir con su sola presencia la renovación del conocimiento. Por el contrario, los estudios sociales tienen sobre sí el desafío de superar los obstáculos que se han impuesto las propias ciencias humanas y sociales, por la irreflexividad de sus prácticas, de sus instrumentos, de sus resultados.

Bibliografía

- Bourdieu, P. (1984). *Homo academicus*. Paris: Les Éditions de Minuit. P. 317.
- Bourdieu, P. (2001). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Editorial Anagrama. P. 361.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, L. (2001). *Las argucias de la razón imperialista*. Barcelona: Editorial Paidós. P. 54.
- Dogan, M.y Pahre, R. (1993). *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*. México: Grijalbo. P. 293.
- Harris, M. (1994). *El materialismo cultural*. Madrid. Alianza Editorial. P. 399.
- Lepenies, W. (1994). *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*. México: Fondo de Cultura Económica. P. 425.
- Serna, A. (2008). "Sobre las formas de articulación de las ciencias humanas y sociales". En: *La cuestión interdisciplinaria. De las discusiones epistemológicas a los imperativos estratégicos para la investigación social*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Pp. 9-79.